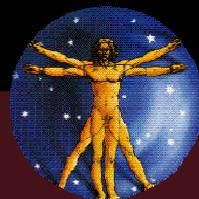


Edgár Lee Masters

Antología de Spoon
River
Selección



Mostrario de
Poesía 22



Antología de Spoon River (selección)

Edgar Lee Masters, EE.UU.

Edición digital gratuita de

Mostrario de Poesía 22

Primera edición: Enero 2009

Santo Domingo, República Dominicana

¿Qué somos?

Mostrario de Poesía es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra poética de los grandes creadores, difundiéndola y fomentando nuevos lectores para ella. Junto a las colecciones complementarias **Libros de Regalo, CienSalud, Iniciadores de Negocios** y **Aprender a aprender**, son iniciativas sin fines de lucro del equipo de profesionales de **INTERCOACH** para servir, aportar, añadir valor y propiciar una cultura de diálogo, de tolerancia, de respeto, de contribución, de servicio, que promueva valores sanos, constructivos, edificantes a favor de la paz y la preservación de la vida acorde con los principios cristianos. Los libros digitales son gratuitos, promueven al autor y su obra, así como el amor por la lectura, y se envían como contribución a la educación, edificación y superación de las personas que los solicitan sin costo alguno.

Este e-libro es cortesía de:



Sol Poniente interior 144, Apto. 3-B, Altos de Arroyo Hondo III, Santo Domingo, D.N., República Dominicana. Tel. 809-565-3164

Se autoriza la libre reproducción y distribución del presente libro, siempre y cuando se haga gratuitamente y sin modificación de su contenido y autor.

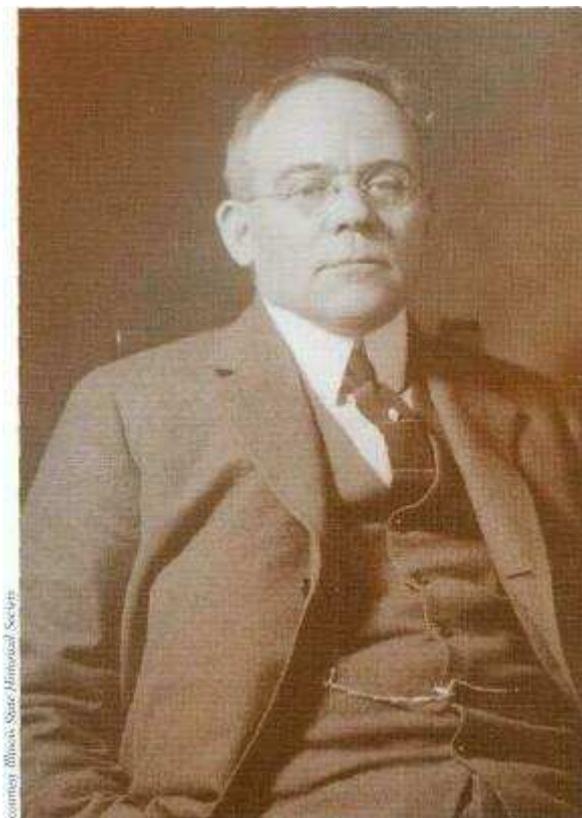
Si se solicita, se enviarán copias en formato PDF vía email. Para pedirlos, enviar e-mail a intercoach.dr@gmail.com, aquiles.julian@gmail.com



Contenido

Espejo de nuestras flaquezas / Presentación	4
Silencio	6
Lois Spears	7
Taylor, el diácono	8
Elsa Wertman	8
Hamilton Greene	9
Theodore, el poeta	9
Anne Rutledge	10
Chase Henry	10
El juez Somers	11
Penniwit, el artista	11
Julia Miller	12
Margaret Fuller Slack	12
La colina	13
Hod putt	13
Amanda Barker	14
John Horace Burleson	14
John M. Church	15
Robert Davidson	15
Roscoe Purkapile	16
Mrs. Purkapile	16
Searcy Foote	17
Tom Merritt	17
Columbus Cheney	18
Mañama es mi cumpleaños	18
Robert Fulton Tanner	19
Cassius Hueffer	19
Lydia Pluckett	20
Sarah Brown	20
Shaw, "El As"	21
Lucius Atherton	22
Jack El Ciego	23

A.D. Blood	23
Yee Bow	24
Ernest Hyde	25
Richard Bone	25
El desconocido	26
La señora Williams	27
Shack Dye	29
Sra. Merritt	29
Elmer Karr	30
El Jefe de Policía de la ciudad	30
Jack Maguire	31
Abel Melveny	31
Biografía de Edgar Lee Masters	33



Espejo de nuestras flaquezas



Edgar Lee Masters logró con su *Antología de Spoon River* no sólo crear un libro, creó un estilo. Poesía sentenciosa, filosófica, apasionada, con un enfoque aleccionador. A través de los personajes cuyos epitafios el autor imagina y nos comparte, va emergiendo un muestrario de la variopinta debilidades y flaquezas humanas, de fantasías, expectativas, frustraciones, pasiones, sueños, odios, miedos, pecados, crímenes, etc.

Spoon River es un retrato despiadado y a la vez misericordioso de las flaquezas y caídas humanas. Cada personaje habla por su epitafio y muestra sus pobreza, sus pecados, sus horrores.

A veces son de pareja: esposa y esposo, en ocasiones de autoridades. Todos se despojan de su máscara, de sus falsos honores y desnudan su corazón, dicen su última verdad, la postrera. Revelan su alma.

Y es ese temblor, esa acre verdad, ese fulminante latigazo que golpea con el corazón el que Edgar Lee Masters nos comunica en una poesía sin arabescos ni retozos: sobria, contenida, intensa, apodíctica.

De él y su poesía se ha escrito: “¿Qué es lo que convierte en excepcional *Antología de Spoon River*? No sólo el lenguaje, de un lirismo contenido pero traspasado por la ironía, por un controlado sarcasmo y por la ternura, sino la perspectiva desde la que están escritos los poemas. Es decir, por el lugar desde el que el poeta y narrador escribe. Cada personaje pone voz a su epitafio, recapitula, desde su muerte, sobre la existencia: expone la verdad que las convenciones sociales, la tradición, la represión obligada y la represión inducida, le han obligado a ocultar en vida. La prostituta que dio servicio a los más afamados hijos del pueblo; el juez que se corrompió y que se sabe injusto (“sabiendo que hasta Hod Putt, el asesino, / ahorcado por sentencia mía, / era de alma inocente comparado conmigo”); el sacerdote que conoció secretos y sevicias; la muchacha violada; la esposa adúltera; el banquero que engañaba a sus clientes. Los epitafios sacan a flote la vida oculta, hacen emerger lo sumergido. La muerte desinhibe, libera, es el gozne que abre la puerta de la habitación donde los sueños conviven con las frustraciones, la verdad con la mentira, la dignidad con la humillación, el lujo con la miseria.”

Aquiles Julián

Silencio

He conocido el silencio de las estrellas y del mar,
Y el silencio de la ciudad cuando calla,
Y el silencio de un hombre y una mujer,
Y el silencio por el que la música sólo encuentra su palabra,
Y el silencio de los bosques antes de los vientos de la primavera,
Y el silencio de los enfermos
Cuando sus ojos vagan por la habitación.
Y pregunto: ¿Para qué cosas profundas sirve el lenguaje?
Una bestia del campo se queja unas pocas veces
Cuando la muerte se lleva a su cría.
Y nosotros nos quedamos mudos ante realidades de las que no podemos
hablar.
Un chico curioso le pregunta a un soldado viejo sentado
frente a un almacén
--¿Cómo perdiste la pierna?
Y el viejo soldado se queda sin palabras
o desvía el pensamiento
porque no puede concentrarlo en Gettysburg.
Y vuelve jocoso
Y le dice: Un oso me la comió.
Y el chico se maravilla, mientras el viejo soldado
Mudo, débil, sobrevive a
Los fogonazos de los revólveres, al trueno del cañón,
Los gritos de los asesinados,
Y a él mismo tendido en el suelo,
Y a los cirujanos del hospital, los cuchillos,
Y a los largos días en cama.
Pero si pudiera describir todo esto
Sería un artista.
Pero si fuera un artista debería haber palabras más hondas
Que él no podría describir.
Está el silencio de un gran odio,
Y el silencio de un gran amor,
Y el silencio de una profunda paz interior,
Y el silencio de una amistad traicionada,
Está el silencio de una crisis espiritual,
A través del cual, el alma, exquisitamente torturada,
Llega a visiones que no pueden pronunciarse
En un reino de vida superior.
Y el silencio de los dioses que se entienden sin hablar,
Está el silencio de la derrota.

Está el silencio de los injustamente castigados;
 Y el silencio de los agonizantes cuya mano
 de pronto toca la nuestra.
 Está el silencio entre el padre y el hijo,
 Cuando el padre es incapaz de explicar su vida,
 Y por eso mismo resulta incomprendido.
 Hay el silencio que crece entre el marido y la mujer.
 Hay el silencio de aquellos que fracasaron;
 Y el vasto silencio que cubre
 A las naciones quebradas y a los líderes vencidos.
 Está el silencio de Lincoln,
 Pensando en la pobreza de su juventud.
 Y el silencio de Napoleón
 Después de Waterloo.
 Y el silencio de Juana de Arco
 Diciendo entre las llamas, "Jesús Bendito" ...
 Revelando en dos palabras toda la pena, toda la esperanza.
 Y hay el silencio de la vejez,
 tan lleno de sabiduría que la lengua no pronuncia
 las palabras inteligibles para aquellos que no han vivido
 La gran extensión de la vida.
 Y está el silencio de los muertos.
 Si nosotros, vivos,
 no podemos hablar de profundas experiencias,
 ¿Por qué asombrarse de que los muertos
 no nos hablen de la muerte?

Su silencio será interpretado
 Cuando nos acerquemos a ellos.

Lois Spears

Yace aquí el cuerpo de Lois Spears,
 nacida de Lois Fluke, hija de Willard Fluke,
 esposa de Cyrus Spears,
 madre de Myrtle y Virgil Spears,
 niños de ojos claros y miembros sanos;
 (yo nací ciega) .
 Fui la más dichosa de las mujeres
 como esposa, como madre y ama de casa,
 ocupándome de los que amaba,

y haciendo de mi hogar
 un sitio de orden y de generosa hospitalidad:
 porque andaba por los cuartos
 y por el jardín
 con un instinto tan infalible como la vista,
 como si tuviera los ojos en las puntas de los dedos;
 Gloria a Dios en los cielos.

Taylor, el diácono

Pertenecí a la Iglesia
 Y al partido que aboga por prohibir el alcohol.
 En el pueblo suponen
 Que morí por comer sandías,
 La verdad es muy distinta:
 Me mató la cirrosis.
 Tarde a tarde, por espacio de unos treinta años,
 Me deslicé al interior de la botica de Trainor
 Y me serví una dosis generosa
 De un frasco que llevaba la etiqueta
 Spiritus Fromenti. *

*Alcohol puro de trigo fermentado.

Elsa Wertman

Yo era una campesina que emigró de Alemania,
 Robusta, alegre, sonrosada, de ojos azules.
 Fui sirvienta en la casa de Thomas Greene.
 Un día de verano, cuando no estaba su mujer,
 Greene entró en la cocina, me abrazó
 Y me besó en el cuello.
 Intenté rechazarlo
 Pero después ninguno de los dos
 Pareció darse cuenta de lo que hacía.
 Y lloré por lo que iba a ser de mí
 Y continué llorando
 Al ver que mi secreto era notorio.

La señora Greene me dijo que estaba al tanto
 Pero no haría nada en mi contra.
 Mujer estéril,
 Se hallaba bien dispuesta a la adopción.
 (Su esposo le obsequió una granja para aquietarla.)
 Se recluyó en su cuarto
 Y difundió rumores de embarazo
 Y todo salió bien y nació el niño.
 Conmigo se portaron muy amables.
 Más tarde me casé con Gus Werthman
 Y pasaron los años.
 Pero en los mítines políticos,
 Cuando aquellos sentados junto a mí
 Pensaban que la elocuencia de Hamilton Greene
 Me hacía derramar lágrimas,
 Erraban por completo:
 ¡No! Yo quería gritarles:
 ¡Es mi hijo, es mi hijo!

Hamilton Greene

Fui hijo único
 De Frances Harris, de Virginia,
 Y Thomas Greene, de Kentucky,
 Ambos de honrado e impecable linaje.
 A ellos les debo cuanto llegué a ser:
 Juez, representante en el Congreso, líder político.
 De mi madre heredé la vivacidad,
 El talento, el don de la palabra;
 De mi padre, la voluntad, la lógica, el buen juicio.
 Reciban ellos todos los honores
 Por los servicios que presté en mi pueblo.

Theodore, el poeta

De niño te pasabas horas y horas
 Sentado en la ribera del Spoon turbio.
 Los ojos fijos en la entrada de la guarida,
 Esperando que el cangrejo de río

Saliera y se arrastrara por la orilla arenosa.
 Veías primero sus antenas trémulas,
 Briznas de paja al viento.
 Luego su cuerpo de color de greda,
 Adornado por ojos negro-azabache.
 Como en trance te preguntabas:
 Qué sabe, qué desea, para qué vive el cangrejo.
 Más tarde dirigiste la mirada
 Hacia hombres y mujeres
 Ocultos del destino en sus guaridas
 De las grandes ciudades
 Y esperaste que salieran sus almas
 Para ver cómo
 Y con qué objeto viven
 Y para qué se arrastran con tanto afán
 Por la orilla arenosa en la que falta el agua
 Cuando termina el verano.

Anne Rutledge

Brotan de mí, indigna desconocida,
 las vibraciones de una música inmortal;
 “¡Sin malicia hacia nadie, con caridad para todos!”
 Brotan de mí el perdón de millones hacia millones,
 y el benéfico rostro de una nación
 resplandeciente de justicia y verdad.
 Soy Anne Rutledge, quien duerme bajo estas malezas,
 la amada en vida de Abraham Lincoln,
 casada con él, no a través de la unión,
 sino a través de la separación.
 ¡Florece eternamente, oh República,
 desde el polvo de mi seno!

Chase Henry

En vida yo era el borracho del pueblo;
 cuando morí, el cura me negó

cristiana sepultura.

Lo que redundó en mi buena fortuna,
ya que los protestantes compraron este lote
y enterraron mi cuerpo aquí,
cerca a la tumba del banquero Nicholas
y de su esposa, Priscilla.
Tomad nota, ánimas prudentes y pías,
de las vueltas y revueltas de la vida
que honra a los muertos que vivieron en la vergüenza

El juez Somers

¿Cómo es posible, decidme,
que yo, que fui el más erudito de los abogados;
que me sabía a Blackstone y a Coke
casi de memoria; que pronuncié el mejor discurso
que una corte haya jamás oído y escribí
un memorial que mereció elogios del magistrado Breese —
cómo es posible, decidme,
que yo yaga aquí, sin nombre, olvidado,
mientras que Chase Henry, el borracho del pueblo,
tiene lápida de mármol coronada por una urna
en la que Madre Natura, en forma irónica,
ha plantado una maleza en flor?

Penniwit, el artista

Me quedé sin clientela en Spoon River
tratando de meterle espíritu a la cámara
para captar el alma de la gente.
La mejor de todas mi fotos
fue la que le tomé al juez Somers, doctor en leyes.
Se sentó erguido y me hizo esperar
hasta que pudo enderezar sus ojos bizcos.
Cuando estuvieron rectos me dijo: «Listo.»

Le contesté: «deniego» y se volvió a embizcar.
Lo agarré como solía ser
cuando decía: «Me opongo.»

Julia Miller

Nos peleamos esa mañana
porque él tenía sesenta y cinco años y yo treinta,
me sentía nerviosa y pesada con el niño
cuyo nacimiento me atemorizaba.
Recordaba la última carta
que aquella joven alma alienada
me había escrito
y cuyo abandono escondí
casándome con el viejo.
Luego tomé morfina y me senté a leer.
A través de la oscuridad que invadió mis ojos
sigo viendo la luz parpadeante de estas palabras:
«Y Jesús le dijo: —En verdad, en verdad
os digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Margaret Fuller Slack

Podría haber sido tan grande como George Eliot
pero el destino no quiso.
Miren la foto que me hizo Penniwit,
con el mentón apoyado en la mano y los ojos profundos,
grises también y penetrantes.
Pero existía el viejo, viejo problema:
¿Celibato, matrimonio o libertinaje?
Luego John Slack, el rico farmacista, apareció tentándome
con la promesa de libertad para mi novela,
y me casé, trayendo al mundo ocho hijos.
Y ya no tuve tiempo de escribir.
De todas maneras, para mí todo estaba acabado
cuando la aguja me atravesó la mano

lavando los pañales del bebé,
 y morí de tétano, una irónica muerte.
 Escuchadme, ánimas ambiciosas:
 ¡El sexo es la maldición de la vida!

La colina

¿Dónde están Elmer, Herman, Bert, Tom y Charley,
 el abúlico, el forzudo, el bufón, el borracho, el peleador?
 Todos, todos están durmiendo en la colina.

Uno se fue por una fiebre,
 uno se quemó en una mina,
 uno fue muerto en una pendencia,
 uno murió en la cárcel,
 uno se cayó del puente donde trabajaba para sus hijos
 y su mujer;
 todos, todos están durmiendo en la colina....

Hod putt

Yazgo aquí, junto a la tumba
 del viejo Bill Piersol,
 que se enriqueció traficando con los indios, y que
 tiempo después aprovechó la ley de quiebras
 y salió de eso más rico que antes.
 Cansado de fatigas y de miseria
 viendo como el viejo Bill y otros se hacían cada vez más opulentos,
 una noche asalté a un viajero cerca de Proctor,
 y sin querer lo maté,
 por lo que fui procesado y ahorcado.
 Esa fue mi manera de presentarme en bancarrota.
 Ahora que nosotros, cada uno a su modo, hemos

aprovechado la ley de quiebras,
dormimos pacíficamente hombro a hombro.

Amanda Barker

Henry me embarazó
sabiendo que no podía dar a luz
sin perder la vida.
Así fue que en mi juventud
pasé por los portales de polvo.
Viajero: en el pueblo donde viví se cree
que Henry me amó con amor de esposo,
mas proclamo desde el polvo
que por satisfacer su odio me mató.

John Horace Burleson

Gané el premio de ensayo en el colegio
aquí en el pueblo,
y publiqué una novela antes de los veinticinco años.
Fui a la ciudad en busca de temas y para enriquecer mi arte;
allá me casé con la hija de un banquero,
y más tarde llegué a ser presidente del banco;
esperando siempre estar desocupado
para escribir una novela épica sobre la guerra.
Entretanto era amigo de los grandes, y amante de las letras,
y huésped de Matthew Arnold y de Emerson.
Un orador de sobremesa, escritor de ensayos
para los círculos locales. Al final me trajeron aquí
—el hogar de mi infancia, sabéis—,
sin siquiera una pequeña lápida en Chicago
para mantener vivo mi nombre.
Oh la grandeza de escribir este solo verso:
"¡Agítate, profundo y tenebroso Océano azul, agítate!"

John M. Church

Fui abogado de la “Q”
y de la compañía que aseguró
a los dueños de la mina.
Soborné a juez, jurado
y cortes superiores
para burlar al tullido,
la viuda y el huérfano;
así gané mi fortuna
y en el Colegio de Abogados
me colmaron de elogios elocuentes.
Los tributos florales fueron muchos
pero las ratas devoraron mi corazón
¡y una serpiente anidó en mi calavera!

Robert Davidson

Crecí espiritualmente nutriéndome del alma de la gente.
Si veía un alma fuerte
la hería en su orgullo y devoraba su fuerza.
Los refugios de la amistad conocían mi astucia,
porque cuando podía robar a un amigo lo hacía.
Y toda vez que lograba ensanchar mi poder
socavando una ambición, lo hacía,
así calmaba la propia.
Y triunfar sobre las otras almas,
sólo para afirmar y demostrar mi fuerza superior
era para mí un placer,
el agudo regocijo de la gimnasia del alma.
Devorando almas hubiera podido vivir eternamente.
Pero sus indigestas sobras me provocaron una nefritis mortal,
con terrores, desasosiegos, depresiones,
odio, suspicacia, visiones perturbadoras.
Al fin me desplomé con un alarido.
Recordad a la bellota;
no devora a las otras bellotas.